



EL SEXO Y LOS INGLESES



No es necesario remontarse a los tiempos de la reina Victoria —arriba, a la izquierda— para constatar la diferencia existente entre las costumbres de la actual juventud británica y las de sus antecesores. Recientemente, aún, las batallas de «rockers» y «mods» eran como una desviación por la violencia de los instintos sexuales. El gobierno de Wilson, conservador en tantos aspectos, ha logrado un tanto en la legislación sobre las costumbres, que ha revolucionado la sociedad británica.

HACIA principios de siglo se desarrollaba un curioso combate en Londres. Una sociedad puritana y rígida sostenía los principios morales que había heredado de la Reina Victoria, la "Viuda de Windsor", defendidos aún por su hijo,

Por Juan Aldebarán

Eduardo VII; y el fantasma de la Reina Victoria luchaba contra las doctrinas penetrantes de un médico judío de Viena llamado Sigmundo Freud. El tema era **SIGUE**



EL SEXO Y LOS INGLESES

el sexo. La Reina no había sido partidaria. Su noche de bodas fue breve. El secretario del Consejo escribía a la mañana siguiente: «Es extraño que la noche de bodas haya sido tan corta; le dije a Lady Palmerston que éste no era el camino para proporcionarnos pronto un príncipe de Gales» («The Greville memoirs», memorias de Charles Cavendish Fulke Greville, que recogen en siete volúmenes todo lo acontecido en Gran Bretaña entre 1876 y 1887). Cuando la Reina Victoria no era partidaria de algo, los ingleses tampoco. Tenía dieciocho años cuando fue coronada y ese día, cuando tomó el cetro, se volvió hacia la muchedumbre que llenaba la Abadía de Westminster y dijo: «Ahora lo tengo y nadie me lo arrancará de las manos». Freud quizá hubiese visto en el cetro y en el acto de la Abadía de Westminster una especie de desposorio de la Reina con el poder, de forma que el mando, del que no abdicó durante sesenta y cuatro años, sería su principal fuente de satisfacción. Eduardo VII había sido un príncipe de Gales alegre y mundano; se esperaba que su reinado lo fuese, pero el fantasma de la madre poderosa pudo más. «Cuando Freud iluminó bruscamente las verdades que hasta entonces se habían mantenido cuidadosamente ocultas, los ingleses se encontraron totalmente desorientados. Su reacción hace pensar, en cierta forma, en individuos enfrentados bruscamente con evidencias que se oponen a todo lo que habían creído justo hasta entonces. Peniblemente sorprendidos al principio, conocieron especialmente en los años veinte un período de agitación licenciosa. Después, y sobre todo tras las brutales revelaciones de la Segunda Guerra Mundial, cayeron en la apatía y el escepticismo» (Alan McGlashan, «Sex on these Islands». McGlashan es un psiquiatra que ha publicado varias obras y artículos). La apatía y el escepticismo estaban producidos por una especie de autoadmiraación. Los «Teddy boys» regresaban al dandismo de la época puritana de Eduardo (Teddy = diminutivo de Edward). Los «Mods», los «Rockers», con sus motos trepidantes, sus riñas salvajes, desviaban por la violencia los instintos sexuales. Era la época del narcisismo. «Si se gastan cinco libras por semana para ir al peluquero, no es para impresionar a las muchachas, sino para distinguirse, según una óptica narcisista que encuentra fuerza y satisfacción en la reprobación horro-



Al hablar de la enseñanza en Inglaterra se hace siempre referencia a las tradiciones de Oxford y Cambridge, a las «public schools», pero se olvida la experiencia de las «progressive schools», en las que conviven, en régimen de comunidad, muchachos y muchachas, que tienen una libertad absoluta en todos los sentidos, incluido el planteamiento de sus relaciones personales.

rizada que este individuo suscita en la plaza pública», dice también McGlashan que, como bien se ve, es adepto a las teorías conservadoras.

Pero todo parece indicar que en Gran Bretaña se está produciendo ahora un cambio de actitud. Se está produciendo una revolución sexual, una revolución en las costumbres. Al decir «ahora» hay que entender desde el principio del período laborista. El período laborista de Wilson es, como todo el mundo sabe, un período conservador en política. La alineación con la política de Estados Unidos, la defensa del capitalismo y de la libra esterlina, la renuncia a las nacionalizaciones inscritas en su programa, las leyes de austeridad

que dañan a las clases populares y benefician a las privilegiadas, los esfuerzos por mantener las últimas briznas del imperio colonial, la falta de inventiva y de imaginación en política son datos perfectamente claros. Pero el Gobierno laborista compensa en cierta manera este retroceso político con un salto hacia adelante en la legislación costumbrista. La abolición de la pena de muerte ha sido un triunfo de la vieja ideología fabiana del laborismo. Puede serlo, si se lleva a cabo, la reforma de la ley electoral, que permita votar a los mayores de dieciocho años (en lugar de a los mayores de veintiuno, como hasta ahora). Su má-

xima innovación está en cierto manejo de las leyes sobre las costumbres, especialmente sobre las costumbres sexuales.

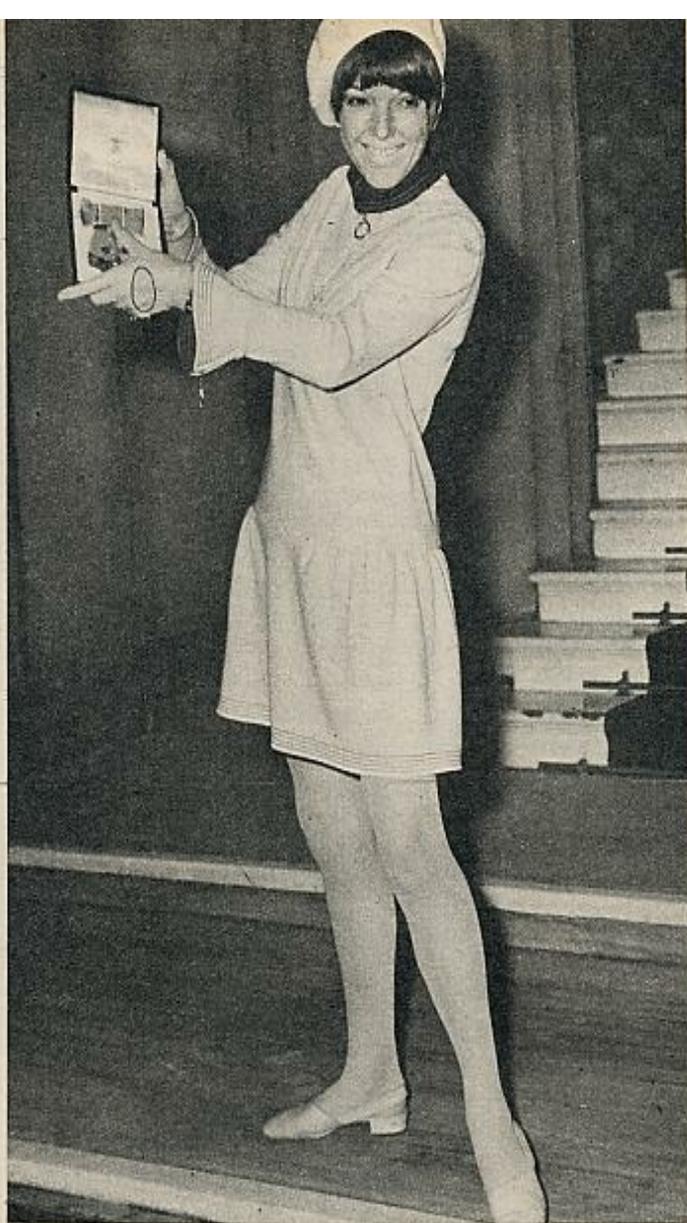
El Parlamento acaba de reformar las leyes que pesaban sobre la homosexualidad. Sólo puede atribuirse a ignorancia, y a ciertos reflejos de viejo «machismo», el escándalo que en algunos medios españoles ha producido esta reforma. Sin entrar ahora en el fondo de la cuestión por el que algunas personas equiparan la homosexualidad a un delito, es preciso aclarar que lo único que ha ocurrido en Gran Bretaña es que se ha retirado una sobrepenalización, un exceso de dureza que distinguía las leyes sobre la homosexualidad en ese

país de las de otros y que, ahora, la homosexualidad está considerada como la viene considerando España desde hace muchos años; es decir, que han puesto su Código al nivel del nuestro, y eso es todo. Pero apenas solventado este problema, aparece otro: la discusión sobre ciertas leyes referentes al aborto. En estos momentos es absolutamente ilegal: se trata de que sea legal en ciertas condiciones. Se calcula que el número de abortos ilegales se sitúa entre 100.000 y 200.000 al año; el número de hijos ilegítimos es de unos 60.000 al año, cuando hace diez años era de 30.000. Estas cifras inglesas son moderadas si se piensa en las americanas. En un informe de la «Planned Parenthood Federation of America» se calcula que en este año el número total de abortos ilegales será de un millón: sólo 100.000 en el Estado de Nueva York. Es un problema social que equivale a una plaga. «Si sentamos a cuatro mujeres jóvenes escogidas al azar en torno a una mesa de bridge, podemos estar seguros de que una de ellas se ha hecho practicar un aborto», dice el portavoz de la sociedad. En Alemania Federal un periódico científico calculaba en 1966 que se practicaban 3.000 abortos ilegales diarios.

Los términos del proyecto de ley británico aceptan el principio de aborto legal cuando se trate de una mujer mentalmente incapacitada, menor de dieciséis años o víctima de una violación, cuando se encuentre «física o mentalmente incapacitada para

ser madre de un niño o de otro niño» o cuando «el niño que haya de nacer pueda sufrir de anomalías físicas o mentales que le priven de la razonable posibilidad del disfrute de la vida». Para las distintas iglesias que conviven en Inglaterra, la ley es inaceptable, aunque algunos de sus miembros, como el obispo anglicano de Exter, parezcan dispuestos a aceptarla. Un estudio publicado por la Iglesia de Inglaterra («Abortion: an Ethical discussion») se opone esencialmente a la aprobación de la ley. El reverendo Malcom Birt ha expresado así una opinión muy generalizada en las iglesias: «Creo, tan firmemente como los católicos romanos, que una vez que la vida humana ha comenzado, nadie tiene derecho a interrumpirla y que lo que prevé el actual proyecto, si pasa a ser ley, puede alentar la comisión de asesinatos».

En otros aspectos de la relajación de las costumbres sexuales las iglesias inglesas aparecen más abiertas. Un informe de los cuáqueros, habitualmente puritanos, llega a decir que las relaciones prematrimoniales «no deberían constituir un pecado». «Allá donde haya ternura verdadera y sentido de la responsabilidad, allí se encuentra Dios», aseguran. El obispo de Woolwich, en un meditado y sereno artículo («The observer», 13 de junio de 1965) sostenía que los cristianos no pueden estar en contra de la revolución sexual, pero que si se habla de una libertad sexual también debe hablarse y exigirse una libertad «sobre» las cuestiones sexua-



La Reina ha condecorado, en años sucesivos, a los Beatles —que aparecen con Wilson en la foto inferior, cuando le apoyaron en su campaña electoral— y a Mary Quant, la promotora de la minifalda, que no deja de ser un elemento más de la dialéctica sexual y se ha impuesto definitivamente.

les. «El primer movimiento de liberación debe ser una liberación "del" sexo. Hasta aquí se está entendiendo que la "revolución sexual" es simplemente una mayor tolerancia. Pero si fuese solamente eso, no representaría en absoluto una revolución. Sería solamente un episodio en el balance histórico entre el control y la licencia, entre Apolo y Dionisos. Pero estoy seguro de que se trata de algo más que de eso». «Un aspecto de la revolución es el de liberarse de la explotación y de la comercialización de las cuestiones sexuales, bajo cuya presión y sugerencia los jóvenes, particularmente, son mucho menos libres».

Pero estas discusiones públicas, estas controversias, se desarrollan al mismo tiempo que la llamada «re-

(Pasa a la pág. 62.)

EL SEXO Y LOS INGLESES

(Viene de la pág. 15.)

volución». El pudor victoriano, la retención eduardiana, han desaparecido en esta época elisabetiana. La Reina ha condecorado a Mary Quant, la inventora de la minifalda. No es necesario alarmarse por la minifalda como símbolo de una licencia sexual. Es, simplemente, una moda. Pero, ¿es que las modas no son siempre elementos en la dialéctica sexual? Ciertos ironistas encuentran que la minifalda es una respuesta femenina aguda al esteticismo, al narcisismo de los jóvenes, a su relativa indiferenciación sexual indumentaria. La Reina Isabel ha condecorado también a los Beatles, propagandistas de la melena masculina, de los trajes de fantasía en el hombre. Los Beatles son miembros de la Orden del Imperio Británico, y con esa mención han firmado un manifiesto, publicado en una página entera del «Times», en el que se declara que «la ley que reprime el uso de la marihuana es inmoral en su principio y es inaplicable en la práctica»; «todas las leyes que pueden ser infringidas sin perjudicar a nadie son risibles». No son sólo los Beatles los que firman: con ellos, otras sesenta personalidades de la vida británica, y entre ellas Graham Greene, el novelista católico («El poder y la gloria») cuya edad y seriedad no permiten incluirle entre la «nueva ola»...

El lenguaje se suelta, los temas se abordan. Dos concejales de Birmingham lanzaron la idea de que se debían construir burdeles municipales en la ciudad para evitar la agresividad y la inmoralidad de la prostitución callejera; fueron condenados públicamente por la municipalidad, pero inmediatamente les llamó la Televisión para que participasen en un programa sobre este tema, y han tenido un éxito nacional. La era isabelina se produce así. La Reina ha autorizado a Lord Harewood —el personaje número 18 en la línea de sucesión del trono— a casarse con una divorciada de la que tenía un hijo concebido mientras él estaba casado con su primera mujer. Un comité gubernamental estudia la posibilidad de un proyecto de ley en la que se rebaja la mayoría de edad, en relación con las limitaciones sexuales, de veintiuno a dieciocho años.

El uso del tema ha llegado a tal extremo que Lord Boothby, después de haber discutido las leyes sobre la homosexualidad y sobre el aborto —y de haberse manifestado en favor de las dos— exclamó: «Espero que no tengamos que oír más discusiones sobre temas sexuales en esta casa (la Cámara de los Lores), porque la realidad es que, al cabo de un cierto tiempo, esto resulta profundamente aburrido».

J. A.

(Fotos: Archivo "TRIUNFO")



modelos en huelga

La pancarta que portan las dos mujeres es suficientemente expresiva: quieren hechos y no promesas. Y para conseguir la reivindicación de sus exigencias se han manifestado. Una de ellas ha empezado ya el strip-tease urbano: se trata de Anna Divetta, modelo de pintor, que exigía para ella y sus compañeras de trabajo contratos de trabajo, pensiones, seguros sociales y médicos. La situación de las modelos de arte de desnudos en la Academia de Arte de Italia era insostenible, desde el punto de vista de la protección laboral. La enérgica acción de Anna Divetta ha tenido éxito, y el gobierno ha atendido las demandas de las modelos.

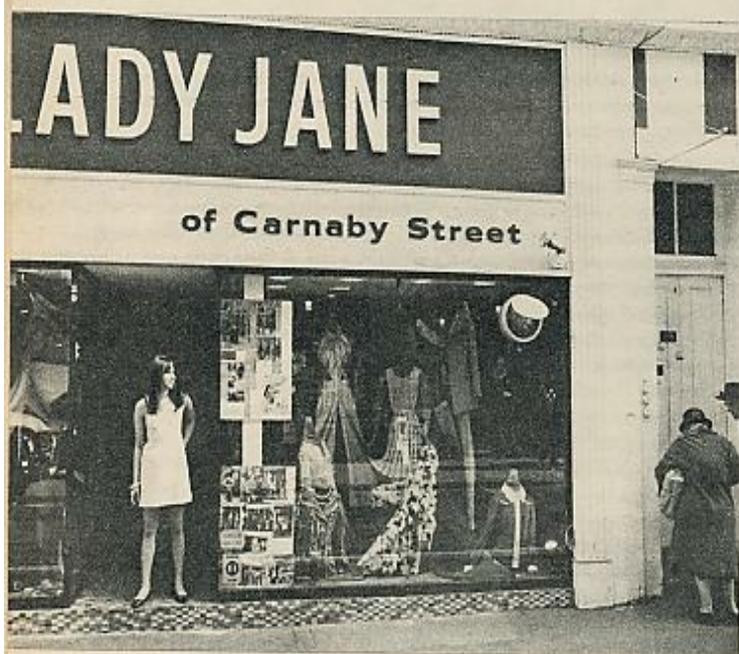
ochocecho puñaladas

«Había dudado durante dos años en atracar un Banco o matar a mi madre. He preferido la segunda solución, era menos peligrosa». Así habló Gaber a la Policía sueca cuando, vencido por la fatiga, confesó su crimen después de resistir durante cuatro días los interrogatorios. La señora Laslo había pasado cinco años en un campo de concentración nazi en su Hungría natal, pero nada más espantoso para ella que la imagen de su asesino: su propio hijo, de veintiséis años. Gaber nació durante la Segunda Guerra Mundial, en los años de cautiverio fue la única razón de vida para su madre. Al terminar la guerra la señora Laslo marchó a Suecia con su hijo. Hizo mucho por él:

pagaba sus numerosas cuentas, sus lujos, le compró un automóvil, e incluso cuidaba de su esposa y de sus hijas. Pero Gaber llevaba un tren de vida por encima de sus posibilidades. Una noche —ha declarado a la Policía— me levanté, tomé un cuchillo, fui a casa de mi madre, abí la puerta con la llave que me había dado, me acerqué a la cama: donde dormía, ella gritó y se revolvió, yo, entonces, la apuñalé catorce veces. Después, Gaber robó el dinero que había en la casa para hacer creer que se trataba de un robo, antes, en su opinión, menos peligroso que atracar un Banco.

"molly, la metrallera"

Con veintisiete años, 150 centímetros de altura y 45 kilos de peso, Molly, una joven y agraciada madre de dos hijos, es actualmente el atracador de Bancos más buscado por la policía canadiense de la provincia de Quebec. Durante el pasado año participó en veinte atracos realizados en la región: su último "golpe" data de hace unos días y, con ayuda de dos cómplices enmascarados, les ha supuesto medio millón de pesetas, procedentes de la caja de una oficina de créditos. Molly, que ingresó en la "carriera" cuando su ladrón particular fue apresado por la policía, para parecer más respetable se hace acompañar muchas veces por sus hijas, a las que lleva en el coche que luego servirá para realizar la fuga.



Carnaby Street es la arteria que define y simboliza, en lo que se refiere a la indumentaria, la revolución en las costumbres de que es escenario Inglaterra. Los primeros establecimientos vendían sólo ropa masculina, luego surgieron los dedicados a la femenina, y ahora existen muchos en los que se visten ambos sexos.